

# LA NOVELA FILM

N.º 53

30 cts.



UN HOMBRE DE IDEAS



# La Novela Film



Imp. Vda. de J. Sanjuán Vila  
Urgel, 7.-BARCELONA

# LA NOVELA FILM

Redacción | Lauria, n.º 96  
Administración | BARCELONA

Año II

N.º 53

## UN HOMBRE DE IDEAS

Comedia americana,  
interpretada por el  
popularísimo artista

**CHARLES RAY**

PARAMOUNT PICTURES CORPORATION

EXCLUSIVA  
DE

**Seleccine, S. A.**



Prohibida la  
reproducción



## Un hombre de ideas

### ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

El Expreso del Central nunca se detenía en Mainesville, a menos que trajera a bordo un pasajero importantísimo o de gran influencia en la Compañía. De modo que el día en que, por casualidad, paraba allí, se marcaba con piedra blanca en la historia del pueblo, y había tema de conversación para una semana.

Homero Cavender, hijo de Mainesville, muchacho muy simpático, era poseedor de una enorme cantidad de ideas, pero disfrutaba de una escasisima suma de crédito y de suerte.

Suñador de altos vuelos, Homero acudía a la estación del lugar al paso del expreso, cual si esperase la aparición, del seno del titán, del hombre que le comprendiese y le hiciera subir.

—¿En qué estás pensando?—le preguntó aquel día el jefe de dicha estación, viéndole abstraído en sus meditaciones.

—Tengo una idea magnífica!... Ya verá usted el día que llueva.

Un poco más tarde, mientras Homero aun seguía en la estación a pesar de haber presenciado de nuevo la indiferencia del tren para con el pueblo, pasando de largo—, el jefe de



—Tengo una idea magnífica! Ya verá usted el día que llueva.

la misma engrosaba un grupo de propietarios que hacían tertulia, y así intervino en la plática general:

—Homero siempre anda con ideas nuevas.

A lo que el dueño de una tienda de comestibles del lugar respondió:

—Sí, cuando estaba trabajando conmigo tuvo una idea nueva para arreglar el escaparate de mi tienda, y gracias a su "talento" perdí cerca de seis docenas de huevos. ¡Eh, qué idea!

—Pues cuando estaba en el campo—dijo otro—, dejaba que se pudriera la cebada, porque estaba haciendo experiencias para mezclar el maíz con no sé qué cosa, para producir calabazas...

En aquel momento, dándose cuenta, de repente, de que iba a llegar tarde al único empleo del cual todavía no le habían despedido, Homero echó a correr hacia el centro de la localidad.

En camino tropezó con don Silas Poutry, su hija Milly, una monada, a juicio de Homero, y con don Arturo Machán, dueño del hotel del pueblo.

Don Silas Poutry se apeó del "auto" en que iba, y entró en el hotel con don Arturo.

Homero hubiera querido detenerse a hablar un rato con Milly, que quedó esperando a su padre en el coche, pero como era tarde y el viejo don Silas no le había mirado con buenos ojos, optó por proseguir su camino después de saludar a aquella desde lejos.

Arturito, el hijo de don Arturo, un tipo ridículo, sólo tolerado en todas partes por el dinero de su padre, también ardía en el fuego de la pasión por Milly; mas ésta prefería a Homero, de quien era su corazón.



El dueño del garage donde trabajaba Homero tenía el orgullo de poseer el único taxímetro que había en el pueblo... y la paciencia de soportar a su "mecánico", que tantas veces como podía cesaba su trabajo pagado para pensar en sus proyectos, siempre monumentales.

Aquel día, además de soñar en la realización de sus ideas, Homero sentía el imperativo deseo de ver a Milly, y confiado en que ella iría al garage con el auto, con cualquier pretexto, no eran pocas las veces que se asomaba a la calle.

—¿Pero qué diablos habrá perdido ese ahí fuera?—preguntóse al fin el jefe del enamorado, amosadísimo y decidido a regañarle.

Homero, que adivinó la intención de su principal, tuvo la "idea" de jugar con él al escondite... valiéndole tal ocurrencia un tirón de orejas moral.

—Hombre de Dios, fíjate que ya no somos unos niños. Aquí se trabaja, ¿lo oyes? Anda, anda, limpia ese motor.

No se había equivocado Homero al suponer que Milly iría al garage, pues, en efecto, al poco, presentóse ella allí con el motivo de hacer inflar los neumáticos.

Homero, entusiasmado, se apresuró a atender el desto de la "parroquiiana", pero se dedicó con mayor interés a galantear con Milly

que a la inflación de las cámaras de aire de su coche.

—Milly, las gentes del pueblo creen que soy un inútil... pero ya verás el día que llueva.

—Yo tengo fe en ti, Homero—afirmó dulcemente ella.



*Homero, que adivinó la intención de su principal, tuvo la "idea" de jugar con él al escondite.*

Don Pitifántico, que así se llamaba en el pueblo el dueño del garage, hubo de llamar otra vez al orden, vulgo trabajo, a Homero.

—Pero, bendito de San Escolástico, ¿te has creído que esto es un salón de lectura? Deja

de molestar a la señorita y cumple con tu obligación. Milly, no le haga usted caso; es un atolondrado.

Homero obedeció, guiñándole el ojo a Milly, y, apenas desaparecido don Pitifántico, volvió a las andadas.



*—Deja de molestar a la señorita y cumple con tu obligación.*

Entretanto, don Silas y don Arturo se entrevistaban a solas en el despacho del hotel.

—Mucho le agradezco que me preste ese dinero, Arturo...—decíale a éste el padre de Milly, que atravesaba una situación difícil.

—Ya sabe usted, Silas, que le ayudo con

mucho gusto... y cuando mi hijo se case con Milly, el asunto quedará en familia.

—Gracias, Arturo, muchas gracias.

Volvamos al garage.

Sin darse cuenta de ello, pues estaba muy acaramelado con Milly, Homero fué autor de una explosión que asustó a don Pitifántico, a la misma Milly y a sí mismo.

—¿Qué pasó?

Pues, ¡pum!, ¡radiós neumático! Reventó a fuerza de presión producida por la máquina automática que Homero dejara de vigilar.

Se supone el disgusto de don Pitifántico, pero, ¡he aquí lo bueno! ese disgusto fué breve. En efecto, el dueño del garage, dotado de buen sentido comercial, increpó luego al neumático reventado en vez de hacerlo a Homero.

Al momento de marcharse, Milly dijo a su pretendiente preferido:

—Mañana da una fiesta esta noche... de etiqueta... con frac y todo... y ha invitado a todo el mundo...

—Yo también iré.

—¿Tú? ¿Tienes traje?

—Le pediré prestada la levita al agente de las pompas fúnebres...

—¡Qué chistoso, Homero! Pero, la verdad, siento muchísimo que no puedas venir, porque mamá no quiere invitarte... ¡Tengo una rabia!



—No te enojés con tu madre, Milly. No iré. Pensaré en tí... y sólo te pido que, entre un baile y otro, me dediques en imaginación alguna sonrisa...

Sobre esto llegó Arturito al garage, y dándose las de gran señor subió al coche de Milly, sin el consentimiento de ésta, satisfecho de poder demostrar a Homero—su conocido rival—que él mandaba en el corazón de la joven.

Homero tragó quina, es cierto; sin embargo, prometía vengarse.



Llegó la noche, y faltaban dos horas para la fiesta organizada en casa de los padres de Milly.

Todo el pueblo, a excepción de Homero, se preparaba para asistir a ella.

Para olvidar sus penas, el pobre muchacho se dedicaba en cuerpo y alma a su "gran idea"... por ser la más reciente.

Durante esa operación, volvió al garage el necio de Arturito, llevando colgado de un brazo un traje de ceremonia.

La intención de Arturito era mala; nada menos que dar tormento a Homero remachándole que aquella noche él se divertiría mucho con Milly.

—Sí, chico, hoy es día de felicidad para mí.

Hoy todos los "buenos" se ponen sus mejores prendas. ¿Has visto mi "complet"? Es chico, ¿eh? El sastre me cobró treinta y cinco centavos por plancharlo.

Homero "reventó", conteniéndose la gana de "prensarle" las narices.

—No digas mentiras... A la legua se ve que lo planchaste en la cocina, con la ayuda de tu madre... Y por cierto que está medio chamuscado.

—¡Para tí lo quisieras!

—Yo me contento con mis inventos. Fíjate en el último. Es un aparato que no sabes para qué sirve. ¿Qué has de saber tú?

Arturito se inclinó para examinar mejor el invento de Homero, que entretanto obsequiaba a su rival con unas gotas de aceite alrededor de la solapa de su americana, para que su mamá, al verlas, "le diese una zurra".

También don Pitifláutico debía asistir a la velada. Sus "legendarias", prendas, sacadas del fondo del guardarropa, apostaban a alcanzar.

Al reaparecer en el garage, vestido como un gran señor, don Pitifláutico buscó a Homero para que le elogiase su "buena planta".

El "inventor", que se hallaba, ocupadísimo debajo del taxi, asomóse fuera del mismo al ser requerido por su principal, y no pudo por menos de incorporarse al verle tan "tremendo".



—¿Carambá! Es usted un Petronio.

—Un Petronio, ¿qué?

—Petronio, árbitro de la elegancia.

—¡Ah, Petronio! Tú siempre me sales con cosas raras. ¿Y qué harías ahí debajo?

—Colocar ese aparato en la parte trasera



...obsequiaba a su rival con unas gotas de aceite alrededor de la solapa de su americana...

del "auto".

—¿Y eso qué es?

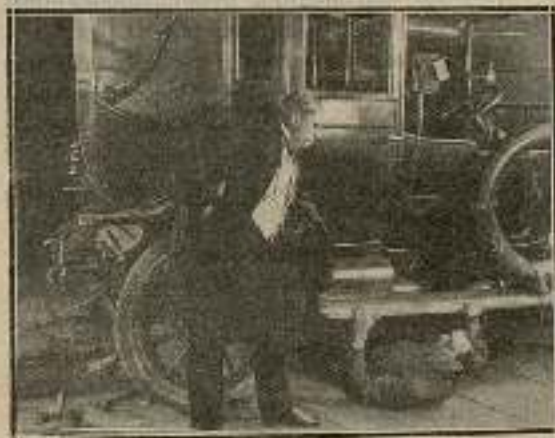
—Es una idea para impedir que el "auto" resbale.

—Pues si no resbala esta noche, con el agua que cae, la invención es estúpida.

—No sabe usted cómo he esperado este día de lluvia, don Pitifántico! Hoy sabrán todos lo que yo valgo.

—Muy seguro estás de tu aparato.

—Segurísimo. Ya verá usted. Yo le acompañaré hasta la casa de los Poutry.



¿Carambá! Es usted un Petronio.

¿Un Petronio... qué?

Don Pitifántico accedió al desco de su empleado, y todo fué muy bien, hasta poco antes de llegar a destino, donde, de un formidable resbalón, el "auto" derribó una valla, quedando destrozadas varias piezas del mismo.

Lo mismo Homero que su principal caló

ronse hasta los huesos tratando de reponer en marcha el coche, y ante sus vanos intentos don Pitifántico, delante de varios vecinos y de Milly, que salía a recibir en el zaguán de su casa a los invitados que llegaban, apostrofó a Homero de esta manera:

—¡Idiota, entrometido, bruto, quedas despedido!

—Pero, don Pitifántico... tenga usted presente que, a juzgar por lo que ha ocurrido, con o sin el aparato de mi invención, el "auto" hubiera resbalado lo mismo...

—¡Eso es falso! Eres la vergüenza del pueblo. ¡Largo de aquí!

Homero hubo de callar.

Milly, compadecida, le dio ocasión de hablar un momento a solas con ella, y él le dijo:

—Me iré a la capital a labrarme un porvenir, y luego... luego... volveré a enseñarles a los muy canallas lo que yo soy...!

Después de dos años de dura lucha para "labrarse un porvenir", Homero alcanzó el número catorce, en jerarquía, de los diez y siete empleados de la oficina de la Casa "Bailly y Kori".

El verano, ya en sus comienzos, había pen-

sar en el campo, en el reposo durante unos días.

Por tal razón fué mayúscula la extrañeza de Homero y de los demás empleados al regresar el patrón de vacaciones dos días después de haberse hecho substituir en su puesto por una temporada.

—¡Eso sí que es curioso!—se decían entre sí los burócratas.

Homero, por estar más cerca de donde se detuvo a hablar el patrón con el apoderado de la sociedad, oyó decir aquél a éste:

—Fui a mi pueblo, de donde salí hace veinte años... Pero todos mis amigos de aquella época se han muerto... y los nuevos ya no me conocen... o me han olvidado... Lo mejor es no volver al pueblo donde uno ha nacido... o por lo menos no hacerlo después de tanto tiempo.

Entonces Homero se puso a pensar seriamente si le bastarían los trescientos dólares de sus economías para asombrar a Mainesville.

Convenciéndose a sí mismo de que podría dar el golpe reapareciendo allí como un rico, Homero no vaciló en pedirle unos días de fiesta al patrón de regreso.

—¡Tengo una idea estupenda!—le dijo.

—¡Otra vez? ¡Es usted incurable!

—Esta es una gran idea. Vea usted si no. ¿Por qué no establece usted una de sus fabri-



cas en Mainesville?... El sitio es ideal, el terreno barato, la mano de obra lo mismo, y los gastos de construcción ínfimos. Y si, además, me hace usted gerente de esa fábrica, invertiré en ella trescientos dólares que tengo economizados.

El patrón, en tono paternal, respondió al iluso empleado:

—La idea es buena; pero no puedo arriesgarme a hacer esa fábrica, a menos que yo tenga en efectivo, contante y sonante, todo el dinero necesario para capear los trabajos, y que la gente de su pueblo se interese en el negocio con una importante cantidad.

—Es que yo quisiera...

—Sí, ya le comprendo. Pero hay que ir lentamente... Si sigue usted como va hasta ahora, podrá llegar a ser jefe de su departamento dentro de... unos ocho o diez años.

—Bien, como usted quiera... Además, quería decirle a usted otra cosa. Oí lo que dijo usted de su viaje a su pueblo, y yo quiero ir al mío antes de que sea demasiado tarde.

—Bueno, pues le daré dos semanas de vacaciones... Puede usted marcharse el día quince.

—Muchísimas gracias. ¡Ah! También...

—¿Aun hay más?

—Va verá usted. Quisiera poder hacer el viaje en el tren expreso, que sólo se para en Mainesville para personajes de importancia... por

que deseo hacer creer a mis convecinos que soy ya un potentado o algo así.

—Esta es otra idea digna de su buen humor, Homero... un poco atrevida, pero, en fin, yo arreglaré eso con el director de la compañía.

—¿No sabe usted la alegría que me da, queriendo patron!

Y Homero volvió a su pueblo.

Y el tren se detuvo en la estación del mismo.

—¡Hombre, qué milagro! ¡El expreso se ha detenido hoy aquí! Habrá llegado algún personaje de mucha importancia—contentábase en el pueblo.

Pronto, en grupos, llenóse la estación de pueblerinos.

Homero, al verles, pronunció con gran naturalidad:

—He podido dejar mis negocios por unos cuantos días, y quise venir a visitar a mis antiguos amigos.

El *taxi* de don Filántico esperaba el paso de los trenes frente a la estación, y su dueño, al reconocer en aquel joven tan distinguido a Homero, su ex empleado, estuvo a punto de caerse de espaldas. Al recobrase estrechóle la mano y le dijo:

—Debes tener un magnífico empleo, ¿eh, Homero?

—Sí. Soy miembro de la casa "Bailly y Korr"—respondió Homero con *sans-façon* admirable.

—¡Bailly y Kort! ¿La famosa casa "Bailly y Kort"... o alguna otra?—exclamó un convecino turulato, y añadió, al ver cómo Homero recompensaba al mozo de la estación: ¡Un dólar de propina!... Debe ser el tesorero de la Compañía.

Don Pitifláutico "tuvo el honor" de llevar a Homero en su *taxi* al hotel, y, olvidando los epítetos que dos años atrás le dedicara públicamente, no cesaba de adularle.

—Yo bien sabía que tenías talento, Homero, y te ayudé todo lo que pude... ¿Te acuerdas?

—Todo lo que soy se lo debo a usted.

—No digo tanto, Homero...

—Sí; si no me hubiera usted despedido del empleo no me habría largado a la capital a hacer dinero.

—¡Ya ves, pues, por dónde te he salido protector!

Ya en el hotel, donde Homero quería alojarse, Arturito, al revés de su padre, recibió con mucho disgusto al nuevo cliente, a quien hubo de ofrecer los servicios de la casa.

—Tengo una habitación muy bonita, en el tercer piso, a sesenta centavos diarios... Es lo mejor de la casa, excepto la de lujo.

—¡Ah, pero hay la de lujo! ¡Ya decía yo! Pues, entonces, quiero la habitación de lujo.

—¡Pero esa vale tres dólares y medio diarios... sin la comida!

Don Arturo miró a su hijo como diciéndole que estaba metiendo la pata considerando a Homero como un pobretón, y Arturito se entregaba al diablo de la envidia y de los celos.

No le faltó más que oír la sensacional noticia de que Homero tomaba en alquiler el *taxi*metro de don Pitifláutico por dos semanas.

—(Será verdad que ha regresado millonario)—repetíase, rabiando, Arturito.

Por lo que pudiera ocurrir, Arturito telefonó a Milly diciéndole que, sucediese lo que sucediere, no dejase de esperarle por la noche, pues quería pedirle una cosa importantísima... relaciones formales, por supuesto... antes de que Homero se le adelantase en tal sentido.

—Era Arturito quien te telefonó, ¿verdad, Milly?—le preguntó su padre.

—Sí, era él... No sé qué tiene que decirme esta noche.

—Me lo figuro, hija mía, y me alegro... Todo el mundo se alegrará el día en que tú y Arturito os caséis, y Machín hará pedazos los pagarés míos que tiene.

—Eso no es posible, padre. No puedo casarme con él, porque no le quiero.

—¿Acaso piensas todavía en ese inútil de Homero Cavender?

También tomó parte en la cuestión la madre de Milly, contra Homero, naturalmente.

Entretanto, el "héroe" se instalaba en la



habitación de lujo del hotel, en cuyo arreglo, para que fuera digna de "Su Alteza", hubo de tomar parte, muy irritado, Arturito.

Homero no dejó de observar el mal humor de su rival, y se prometió vengarse de firme de su anterior conducta para con él.

La noticia de la llegada del hombre de "ideas" se esparció por el pueblo como reguero de pólvora, y al hacer aquélla irrupción en el hogar de los Pouty, los padres de Milly quedaron más que de piedra, de cemento armado, y dijéronse entre sí:

— ¡Oh, ha vuelto... y millonario... y dice que ha alquilado el taxímetro por dos semanas!

— Es preciso que demos una cena en su honor.

Tras de lo cual el padre de Milly telegrafió tal intención a Homero, que respondió, sorprendido, aunque muy agradecido:

— Gracias, don Silas. Tendré mucho gusto en ir a cenar con ustedes esta misma noche, si no tengo ningún compromiso.

Y los Pouty dieron otra fiesta, a la que invitaron a lo mejorcito de Mainesville.

Arturito tendría ocasión de pasar un mal rato viendo a Homero con Milly.

Más que de ordinario, mucho más, cuidó Homero de su "presentación" al momento de salir del hotel para dirigirse a la cena en su obsequio.

Lo que preocupaba seriamente a Homero eran los fondos de que disponía para llegar hasta el final de sus vacaciones, pues apenas transcurridas unas horas, la cifra de trescientos dólares había sufrido una notable merma.

Milly, avisada por sus padres, y por otras



*Más que de ordinario, mucho más, cuidó Homero de su "presentación"...*

personas que conocieran su inclinación por Homero, de la llegada de éste y de los actos que se iban a organizar para festejarle, era feliz con la esperanza de ver al fin allanado el camino amoroso que descaba recorrer del brazo de su primera ilusión.

Don Filántico, engrandeciendo de ser el acompañante de Homero a todas partes, se encargó de presentarlo a la fiesta, y su aparición mereció una salva de aplausos de todos... excepto de Arturito.

Los Poutry se deshacían en cumplidos, pero



*Don Filántico, engrandeciendo de ser el acompañante de Homero a todas partes, se encargó de presentarlo a la fiesta...*

como a Homero sólo le interesaba Milly, pudo, no sin muchos trabajos, cambiar unas palabras con ella que le demostraron que ella le esperaba confiada en él.

El idilio duró poco, pues Homero era soli-

citado por todo el mundo, hasta por la presidenta de la Sociedad Protectora de Indios, que le "sacó" un dólar para inscribirle como miembro.

Por su lado, Arturito desataba su lengua ruin en unorro:

—Parece imposible que un hombre se haga rico en sólo dos años... a menos que tenga las manos y la conciencia no muy limpias...

Los envidiosos asentían... mas el hecho real era que Homero "reinaba" sobre todo y encima de todos, por su riqueza imaginaria y su elegancia de propiedad.

Se le rogó que pronunciase un discurso con motivo de la colocación de la primera piedra del nuevo edificio del Ayuntamiento, y él pretendió excusarse manifestando que no podía quedarse más de quince días en el pueblo, pues sus asuntos exigían su regreso al décimo sexto día.

—Adelantaremos la fecha de la ceremonia —le respondieron.

Y Homero hubo de aceptar.

Arturito, aprovechando las ocupaciones de Homero con las primeras autoridades de Mainesville, tomaba por su cuenta a Milly.

Sin embargo, nada consiguió Arturito, toda vez que Homero, advirtiendo a tiempo la lata que le daba su rival a Milly, recurrió al subterfugio de avisarle que se le había desahro-



chazo el cordón del zapato, para llevarse a la muchacha.

Además, sabiéndole terriblemente tacaño, Homero comprometió a Arturito delante de Milly para obligarle a inscribirse como miembro de la Sociedad Protectora de Indios, costándole al segundo el disgusto de "aflojar" un dólar.

Durante la cena, todas las miradas convergían en Homero, para copiar sus gestos, tomándole por árbitro; y una vez que, por distracción, él se hizo con un tenedor en vez de una cuchara para comer cierto plato, todos, gradualmente, incurrieron, aunque les sorprendiera la "nueva moda", en ese error de Homero, y lo corrigieron cuando él se apercibió del mismo.

A la hora de los brindis, levantáronse las copas a la salud de Homero, orgullo de Mainesville, y él, correspondiendo a esa galantería, echó un discursito.

—Todo mi éxito es debido exclusivamente al estímulo que recibí de mis convencinos, en este pueblo donde vi la luz.

Y los tontos le creían, cuando en las palabras de Homero no había más que ironía.

Milly, por lo bajo, dijo a Homero:

—Hay momentos en que parece que lo mejor de la vida es llegar a ser grande.

A lo que Homero, sentimentalmente, respondió:

—¿Sabes tú cuál es lo mejor de la vida?

Y en un plato, con disimulo, dibujó las letras de esta divina palabra: Amor.

Y, por debajo de la mesa, juntáronse sus manos.

Arturito, que por culpa de Homero no pudo sentarse al lado de Milly, se los veía con los ojos... sin ver nada. La rabia le cegaba.

\*\*\*

Tenía que llegar y llegó el último día que Homero pasaba en el pueblo... y sus fondos se reducían a un dólar.

El apuro era grande, y convenía marcharse cuanto antes.

Don Arturo y don Silas, frente a frente, desentían acerca del préstamo del primero... y de la conducta de Milly.

—Como su hija le ha dado calabazas a mi Arturito por culpa de ese pisaverde de Homero, le aconsejo que haga efectivos los pagarés que tengo de usted.

—Estoy seguro de que Homero le pedirá hoy a Milly que se case con él y que, además, se hará cargo de los pagarés esos.

—Necesito reembolsarme en seguida.

—Mañana sabrá usted cuándo arreglaremos este asunto.

Mientras don Pitifláutico iba a buscar al resto de la comisión de festejos para la colocación de la primera piedra, para volver por Homero en casa de los Poutry, en cuya puerta le dejaba, éste era recibido por don Silas con los brazos abiertos, y al poco, gracias a la amabilidad del



*...pero avergonzado de su mentira, y en la certidumbre de que había sacrificado el derecho de declarar su amor...*

mismo, quedaba solo con Milly.

Muchas cosas quería ella que él le dijese y no pocas deseaba Homero decirle, pero avergonzado de su mentira, y en la certidumbre de que había sacrificado el derecho de declarar

su amor ante el idolo de la vanidad, el falso rico no le habló a Milly de su sincera pasión.

Al salir Homero de la casa, don Silas, en el zaguán de la misma, le dió unas palmaditas en la espalda, diciéndole:

—¡No hay nadie a quien pueda yo llamar, con más gusto, mi querido yerno!

Homero turbóse... y don Silas prosiguió:

—El viejo Machín me está fastidiando estos días con la pretensión de cobrarme ciertos pagarés que le debo... Y como tú eres tan rico, supongo que no te negarás a ayudarme... por cariño a Milly.

—Sí, sí, claro...—murmuró Homero, alejándose.

Pero el asombro de don Silas fué extraordinario cuando, al entrar en la casa, encontráse con Milly llorando.

Teniendo que Homero no era lo que él fingía ser, y para salir de dudas, Arturito cursó el siguiente telegrama a la casa "Baillly y Kort":

*Suplicámodos avisen esta vía si Homero Cavender es elevada funcionario de esa compañía.*

*Arturo Machín y Compañía*

Reunido con don Pitifláutico y las primeras autoridades locales, éstos le hicieron pronunciar un discurso para conmemorar la colocación de la primera piedra del nuevo Ayuntamiento, y



supo el muchacho escoger de tal suerte las palabras, que sus convecinos, ante el entusiasmo con que las pronunció, y su significación, lo aplaudieron frenéticos.

De súbito, Homero comprendió llegada la gran oportunidad para lanzar la gran idea que



*...sus convecinos, ante el entusiasmo con que los pronunció, y su significación, lo aplaudieron frenéticos.*

expusiera a su patrón en Nueva York.

Y dijo, a continuación del discurso "oficial":

Quando yo vuelva a la ciudad, convenceré

a la casa "Bailly y Kort" para que edifiquen en este pueblo una de sus fábricas.

— ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Muy bien!

— Probablemente permitiremos que algunos de los vecinos de Mainesville inserten su capital en la empresa...



*Quando yo vuelva a la ciudad, convenceré a la casa "Bailly y Kort" para que edifiquen en este pueblo una de sus fábricas.*

— ¡¡ Bravooo!! ¡ Viva Homero!

— Todos ganaremos buenos beneficios.

Y, naturalmente, los de Mainesville, ni cortos ni perezosos, se entusiasmaron con la idea de ganar millones poniendo su dinero en la

"nueva fábrica proyectada por Bailly y Kort".

Los billetes affuyeron en cantidad. Homero no daba alasto para aceptar las suscripciones.

En vista del éxito, Homero abrigaba la esperanza de que su patrón aceptaría llevar a la práctica su idea, pero, por si no resultara así, a pesar del importe de la primera suscripción, avisó a los pueblerinos que si la Compañía se refusaba a admitir accionistas, él les devolvería el dinero que le habían entregado.

Don Pitifántico, enterado del proyecto de Homero quedó nombrado su representante para dar cuantos datos se solicitasen respecto al asunto.

Pero he aquí que, en el momento en que el tren salía de la estación, Arturito, echando a correr desde el hotel hacia donde estaban congregados los pueblerinos rodeando a don Pitifántico, gritaba, agitando un papel:

—¡Homero es un impostor, un pillo!

Al llegar ante todos los que creyeron en el falso rico, Arturito leyó el telegrama que acababa de recibir en respuesta al suyo:

*Homero Cavender es empleado de cuarta categoría en nuestra casa.*

*Bailly y Kort*

Los gritos de protesta eran ensordecedores.

—¡Homero nos ha robado! ¡Ah, el infame!  
¡Si no se hubiese ido en el tren de las cinco y media lo asábamos vivo!

Los más sensatos, con don Pitifántico a la cabeza, optaron por ponerse en comunicación, por conferencia telefónica, con la casa "Bailly y Kort".

—Oiga... oiga... Aquí, una representación de los vecinos de Mainesville. Homero Cavender ha hecho suscribir a la mayoría de la gente de este lugar acciones para la construcción de una nueva fábrica de ustedes. ¿Estaba autorizado a ello por ustedes?

—Comprendo lo que ha sucedido. No se alarmen. Hizo mal Homero en emplear nuestro nombre para obtener fondos, pero estoy seguro de que es hombre honrado e incapaz de una bribonada. Sus vacaciones terminan mañana. Estoy seguro de que se presentará en la oficina a las nueve... Yo haré que devuelva el dinero.

Arturito, por envidia nada más, comentó ante sus convecinos:

—Apuesto cualquier cosa a que Homero no vuelve a la oficina. ¡Se ha largado con la "pasta"!

\* \* \*

Milly esperaba ansiosamente noticia de la conducta de Homero, de cuya bondad y honradez no dudaba.



Las nueve, las diez... y algunas horas más del día siguiente, parecían proclamar la culpabilidad de Homero a su patrón, quien, apenado, exteriorizó, ante altos funcionarios, su opinión:

—Me parece que no me queda más remedio que llamar a la policía; pero es la primera vez que me equivocó respecto a la honradez de un hombre a quien conozco a fondo.

En Mainesville, pasado un día, se tenía la absoluta seguridad de que Homero se había fugado al extranjero.

Arturito lo buscaba en el alma.

Y, dos días más tarde, cuando su patrón se perdía aún en un mar de confusiones para explicarse la conducta de Homero, éste, desconocido y jadeante, se presentó en su despacho.

Los empleados se preguntaban qué podía haberle ocurrido a su compañero para llegar en tan lamentable estado.

El patrón se encerró con Homero y le hizo hablar.

El muchacho, a través de fatigoso respirar, dijo la verdad, la pura verdad:

—Siento haberme retrasado tanto, pero, como yo no tenía dinero, tuve que venir a pie desde la estación siguiente a Mainesville... Los trescientos dólares quedaron reducidos a la nada al momento de partir de mi pueblo. Me que-

daba un dólar y una señora me obligó a comprar algo a beneficio de los indios... Total: mi último dólar... y eso que compré, se lo di de "propina" al mozo de la estación.

—Pero, hombre, ¿vino usted a pie, trayendo consigo todo ese dinero?

—¡Este dinero no es mío, señor! Es el dinero que los vecinos de Mainesville han aportado para edificar la fábrica. El efectivo, contante y sonante, que usted quería para comenzar los trabajos. Me metí por la escalera de escape y me puse a trabajar toda la noche, a fin de tener las cifras listas para cuando usted llegara.

Pasmado de la honradez de Homero y de su idea llevada a cabo en su base, el patrón felicitó y, llamándole a su despacho, dijo a su apoderado, después de dar un repaso a la lista de la suscripción:

—Avisé por teléfono a Mainesville que la operación hecha por Homero está muy bien... y tiene la autorización de la casa y que él será nombrado gerente y director de la nueva fábrica.

El insólito caso de escrupulosa honradez le valía a Homero tal premio.

\*\*\*

Homero volvió, con algunos ingenieros, a Mainesville, y los pueblerinos—excepto Arturito—se creían ya futuros millonarios.

La suscripción fué cada día en aumento, y la fábrica prometía ser importantísima.

Todos eran a elogiar a Homero; mas éste, interesado solamente en la conquista de Milly, subió a su "auto" con ella y, estando éste en marcha, le dijo, maliciosamente:

— ¡Tengo una idea estupenda!

— ¿Qué idea, Homero?

— Deja caer tu pañuelo...

Así lo hizo ella; Homero agachóse para recogerlo; Milly también, y como sus rostros se rozaron, sus labios no supieron evitar la atracción de la miel...

Menos mal que el *chauffeur* no les veía...

FIN

Revisado por la censura militar

PRÓXIMO NÚMERO

- La última grande carrera

## Su última carrera

INTERPRETACIÓN DE

AGNES AYRES  
WALLACE REID  
THEODORE ROBERTS

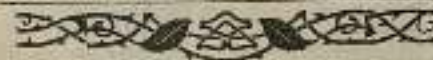
POSTAL REGALO

RÉGINE DUMIEN

10 FOTOGRAFÍAS

Precio: 30 Cts.

LA NOVELA FILM  
se pone a la venta  
en toda España to-  
dos los martes.



Colecciones completas y números sueltos asociados a precios corrientes, de venta, en LA SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA, S. A. Barbadá, 16. — BARCELONA, en sus Agencias de Provincias y en todos los Kioscos de España



# NUMEROS PUBLICADOS

N.º	NOVELA	POSTAL-REGALO
1	Los Cuapés e Suelo bravo	El joven Maderero
2	Los dos reyes	El Príncipe de Gales
3	Valencia, Valencia	La Botella
4	Los cuatro jinetes del apocalipsis	Los amigos de la mujer
5	Los cuapés de los hombres nios	Violadas Inapetables
6	Domingo, El Negro	Mary Pickford
7	En poder del enemigo	Thomas Wolfe
8	Batallas	John Steinbeck
9	Cervantes, Inocente	Angela Mae Lane
10	Por la puerta de servicio	Edith Clayson
11	Marcos y Marcos	Charles Ray
12	El Indio	Vivian Martin
13	Cómo aman las mujeres	James H. Hodge (Felix)
14	La vida de la corte	Carl Baumert
15	Por dentro a su madre	Walter Reed
16	Legados del destino	Ludwig Lagnard
17	El soldado prodigioso	William L. Hart
18	Los Miserables (Episodio)	Mary Miles Minter
19	De Ovidio a William	Dustin Farnham
20	El Crimen del Milenario Palas	Reuben Lave
21	La mujer invisible	Guillermo Bennett
22	El secreto profesional	Michael Newman
23	De casa a la guerra	Barclay Hamilton
24	El cuento de la mujer	Lea Wilson
25	El cuento del amor trágico	Kenneth Morris
26	El detective	Perce Wills (Pete Brown)
27	El misterio del vino	William Farnham
28	Edith (Episodio)	Geoffrey Phillips
29	Al fondo del abismo	George Elmer
30	El villano de la corte	Agnes Ayres
31	El cuento de la guerra	Charles Farnham
32	La Seta y la Seta	Constantine Tolstoy
33	La Madrugada	Pauline Vandenbergh
34	La Madrugada (Episodio)	Sally Mason
35	Cervantes de la corte	J. Vernon Harrison
36	La vida de una corte de la	Pauline Vandenbergh
37	La vida de una corte de la	Pauline Vandenbergh
38	La vida de una corte de la	Pauline Vandenbergh
39	La vida de una corte de la	Pauline Vandenbergh
40	La vida de una corte de la	Pauline Vandenbergh
41	La vida de una corte de la	Pauline Vandenbergh
42	La vida de una corte de la	Pauline Vandenbergh
43	La vida de una corte de la	Pauline Vandenbergh
44	La vida de una corte de la	Pauline Vandenbergh
45	La vida de una corte de la	Pauline Vandenbergh
46	La vida de una corte de la	Pauline Vandenbergh
47	La vida de una corte de la	Pauline Vandenbergh
48	La vida de una corte de la	Pauline Vandenbergh
49	La vida de una corte de la	Pauline Vandenbergh
50	La vida de una corte de la	Pauline Vandenbergh
51	La vida de una corte de la	Pauline Vandenbergh
52	La vida de una corte de la	Pauline Vandenbergh
53	La vida de una corte de la	Pauline Vandenbergh

¿Ha comprado usted ya el sexto volumen de la

BIBLIOTECA FEMENINA

DE  
LA NOVELA FILM

## EL HIJO DEL MERCADO?

Último libro de nuestra popular

BIBLIOTECA FEMENINA

Portada a tricromía 112 páginas

Profusión de fotografías — Precio 1 pta.

Lea V. esta novela y la releerá

¡ÉXITO! ¡ÉXITO! ¡ÉXITO!

Recuerde los números anteriormente publicados:

La Mendiga de San Sulpicio  
La Madona de las Rosas  
Los Diez Mandamientos  
Honrarás a tu madre  
Los Hijos de París o la NOVELA DE UNA OBRERA

En interés de usted,  
lector, le recomen-  
damos de nuevo la  
adquisición de

# El hijo del Mercado





